

Los organizadores de estos actos nos han orientado a los participantes en el sentido de no hacer una velada necrológica, sino un encuentro vivificante que al maestro y amigo nos lo devuelva lo más fiel y cercana a cómo él era antes de su muerte. José Castro Ovejero fue un don José que se hacía llamar Pepín, y no podré presumir de la acertada definición, porque la he tomado de uno de los excelentes artículos que aparecieron en su alabanza. Un señor, ciertamente; un gran señor que por voluntad propia consentía y hasta propiciaba una familiaridad que no era sino generosidad y grandeza de alma.

Creo que las intervenciones de esta tarde se trazarán sobre el recuerdo personal de cada uno, y no será extraño que en algunos casos nos repitamos. Yo conocí a José Castro en los años 40, y quizá mi primera memoria sea aquella que lo sitúa con Vicentina en el Teatro Principal en un certamen literario donde los versos me salían con un temblorcillo del que todavía no me he liberado en estos trances de cara al público. Desde aquella mañana de San Juan a la fecha de otoño de 1993 en que nos dejó para siempre, él fue un amigo inseparable -suena a tópico, pero es tal como lo digo-, y también digo que fue un hermano. Muchas cosas nos mantuvieron juncos: las bodas y bautizos de nuestras gentes, pero también los duelos; sus triunfos profesionales y mis modestas alegrías literarias, pero también las miserias y torceduras del camino de la vida; nos unían los viajes en que se cebaba su curiosidad inagotable, pero no menos la vida cotidiana del café, del paseo, de las acogedoras meriendas...

Cincuenta años de la historia de León yo podría contarlos pegado en el recuerdo a la figura nítida del leonés de Valderas. Quizá nos encontráramos fugazmente en las mañanas laboriosas, cuando sus pasos de funcionario responsable lo llevaban a algún organismo Oficial. No era momento más que para el breve saludo.

La ocasión de la tertulia de la sobremesa tampoco es que fuese larga, porque Castro trabajaba muchas horas y con total entrega, pero sí dejaba tiempo para el café, la copa y, durante ciertos años, el puro. Pepe pasaba ratos en silencio, sin duda sumergido en su interior música callada. Cuando hablaba, lo hacía con peso de razones y mucho comedimiento; pero tampoco hay que descartar entusiasmos verbales, que en él resultaban más rotundos por lo que de excepción tenían.

Al final de la jornada, si las cosas rodaban bien, podíamos reencontrarnos en la biblioteca de don Antonio -no hace falta decir que la biblioteca era la Azcárate; y don Antonio, don Antonio de Lama- y era para marchar juntos a un concierto o a ver unos cuadros o a una sesión de versos. Y si no había nada de esto, al paseo de Ordoño y la

Condesa, que ya estaría empezando a llenarse de vecinos y vecinitas -que no tenían televisión y se daban al ejercicio higiénico y conviviente del paseo.

Los domingos, las fiestas, los sábados por la noche nos acogían más descansadamente. Castro disfrutaba con la comida, con el vino de la amistad; recuerdo noches frías que alargábamos hasta la estación del Norte para ese último cobijo que ya no va a existir, si nos quitan, como dicen, los expresos nocturnos, tan mágicos y literarios por entonces. Y es que le gustaba a Castro la noche, muy especialmente el olor inconfundible de imprenta cuando acudía al periódico y se sentaba a la máquina de escribir para que antes del cierre compusieran las linotipias su crítica del concierto recién terminado.

Pepe Castro, el funcionario escrupuloso. Pepe Castro el músico, enseñante y ejecutante, y también la creadora cabeza organizadora que dio frutos bien granados en el Conservatorio. Todas estas facetas estamos apuntando en esta tarde. De su condición amiga y fraterna yo no sabría añadir nada a estas palabras mías, como no sea el ofrecimiento de unos pocos versos, de cuando José Castro Ovejero se subía al coche que compartíamos y lo hacía con un fervor entusiasta de León, metáfora de la vida y de la muerte:

Anchos a veces, dilatado sueño
de la tierra acostada, que mis ojos
ávidos tienen, siguen, y más tienen;
también a pico donde el puerto angosto;
azules que promueven sinfonías
o de tan amarillos silenciosos
vienen a mi cristal. Conmigo viven
sobre la sucesión de los kilómetros,
hasta que blandamente se deshacen
borrándose los unos a los otros.
Yo sé que un día volverán exactos,
cuando yo aparque al borde del reposo.

Será de prisa, pasarán de prisa,
más dentro de mi alma que en mis ojos.

Y el último será mi último espejo:

Río de soledad entre los chopos

Antonio Pereira